

LA LITERATURA EN TIEMPOS DE AUGUSTO

José VERÓN GORMAZ
Poeta, escritor y fotógrafo bilbilitano

Entre las misiones de la literatura a lo largo de la Historia, es frecuente el servicio al poder y a la comunidad que lo mantiene. En épocas recientes, encontramos ejemplos en regímenes autoritarios de uno u otro signo. Si volvemos la vista hacia el pasado más o menos lejano, el servicio de la literatura al Estado se puede apreciar con claridad. Es el caso de la literatura latina, particularmente en la época augústea.

INTRODUCCIÓN

Los diversos acontecimientos históricos de Roma marcan, muy aproximadamente, los periodos literarios. Pasada la época arcaica, anterior al año 100 a.C., se desemboca en la época clásica, comprendida entre los años 100 a.C. y 14 d.C. Se considera el principio de este periodo el comprendido entre el final de la República y el desastre sangriento de las Guerras Civiles. Un tiempo en el que destacan dos grandes poetas, Lucrecio y Catulo, cuya influencia, principalmente la del segundo, fue notable en el periodo augústeo. También en esta época destacan un grupo de notables prosistas, como Varrón, Cesar, Salustio, Nepote y, sobre todo, Cicerón. Este último, autor de una obra amplia y variada, fue ejecutado por orden de Marco Antonio, aunque con el silencio permisivo de Augusto.

Tras el final de la guerra civil, con el principado de Augusto, surge un grupo de grandísimos poetas: Virgilio, Horacio, Propercio, Ovidio y Tíbulo (que, a su vez, da noticia de la poetisa Sulpicia y sus poemas amorosos), casi todos ellos con la influencia protectora de Mecenas. También existen dos figuras esenciales en la prosa: Vitruvio y Tito Livio.

Pasado este tiempo de esplendor, tan influenciado por la literatura griega, sobre todo por Homero y Calímaco, aunque también por la mitología en general, alcanzamos la época postclásica (años 14-68 d.C.) en la que se aprecia una mayor libertad temática y estética, con autores como Fedro (el fabulista), Manilio, Séneca, Persio, Lucano y Calpurnio Sículo, Petronio, Columela, Curcio Rufo, Séneca el Rétor y Valerio Máximo.

Después de esta época, en los años posteriores al 70 d.C., destacó un poeta bilbilitano, heredero de Catulo, llamado Marco Valerio Marcial, que dio al epigrama un notable impulso.

LA POESÍA EN TIEMPOS DE AUGUSTO

Si actualmente la enseñanza ha optado por el bilingüismo (generalmente español o castellano e inglés), en el siglo I a.C. existía también, aunque la lengua que acompañaba al latín era el griego. Y no solo el idioma, sino la literatura helena y su mitología representaban una parte esencial de los estudios.

Una de las funciones que asumieron los poetas latinos fue la transformación de los mitos griegos en una mitología propia, mediante la práctica de las enseñanzas literarias que se recibían en la época. Interpretar, imitar, emular. Estos tres verbos resumen el proceso de forma simple. La transformación de los mitos griegos en otros de ámbito latino logran un efecto de legitimación del poder político romano, que encuentra en ellos una base ideológica.

La época de Augusto se sirvió de la enseñanza para extender su ideología y los intereses de Roma. Igual con la literatura, y en especial con la poesía, que cumple una función pública de carácter estético y temático, difundiendo y elevando el carácter heroico del poder. Si en este tiempo surge el conjunto más valioso de la poesía latina, no es ajeno a ello la figura del gran protector, Cayo Cilnio Mecenas, consejero político de Octavio Augusto. Mecenas (nacido hacia el año 70 a.C.) reunió bajo su protección a un importante grupo de poetas, entre los que brillan Virgilio, Horacio y Propertio, pero también por otros menos destacados, como Domicio Marso, Lucio Vario Rufo y Plucio Tucca. Sin embargo, Mecenas no logró componer obras literarias de cierta calidad, aunque lo intentó con insistencia.

Cinco poetas resultan imprescindibles en la época augustea: Virgilio, Horacio, Tibulo, Ovidio y Propertio. Entre los demás, hay que destacar a Sulpicia, con algunos poemas incluidos en el tercer libro de Tibulo. Es la única poetisa conocida en esa época.

VIRGILIO (PIETOLE, 70 a.C. - 19 a.C.)

Publio Virgilio Marón, conocido literariamente como Virgilio, es el poeta latino con mayor prestigio. Sus obras, dotadas de un estilo cercano a la perfección, constituyen uno de los pilares fundamentales para la nueva mitología romana que se construye en la época augustea.

Hijo de una familia campesina, Virgilio pudo formarse en las diversas materias intelectuales gracias a la protección de Mecenas. Estudió con el epicúreo Sirón en Nápoles, hasta el estallido de la guerra civil tras el asesinato de César. Después de esta época crudelísima, la poesía de Virgilio surge como algo necesario para el principado de Augusto.

En los alrededores del año 40 a.C. compuso las *Bucólicas*, un conjunto formado por diez églogas que exaltan la vida pastoril con referencias aisladas a personajes de la época, con influencia directa de Teócrito.

Seguidamente, por sugerencia de Mecenas, escribió las *Geórgicas*, un largo poema con ciertos aires didácticos que expone las bondades de la vida campesina, tal como se desarrollaba tradicionalmente en los territorios romanos.

Su obra más importante, la *Eneida*, constituida por doce libros, empezó a componerla hacia el año 29 a.C. Tras once años de trabajo, la *Eneida* quedó completa y

revisada. Cuenta en ella los avatares del héroe troyano Eneas, desde su partida de Troya (con su padre, Anquises, sobre los hombros) hasta sus hazañas en Italia. Con ello consigue Virgilio un vínculo entre la tradición griega y la épica romana. En una parte del desarrollo de la *Eneida*, el hijo de Eneas, Ascanio, funda la ciudad que después se convertirá en Roma: Alba Longa. El espíritu homérico se halla presente en este admirable poema épico, que se aproxima bastante a la perfección literaria.

Se cuenta que Virgilio, tras un largo viaje por Grecia y Asia Menor, regresó a Italia gravemente enfermo, y pidió a Octavio Augusto que destruyera la *Eneida* en su totalidad. El emperador, con buen criterio, no accedió a esta petición.

Virgilio, poeta de gran calidad estilística, es un ejemplo de hombre de su época. A lo largo de su obra se aprecia una evolución espiritual que sintetiza el ideario romano.

Además de sus tres grandes obras (*Bucólicas*, *Geórgicas*, *Eneida*), existe un conjunto de poemas anteriores bajo la denominación de *Appendix Vergiliana* (según le edición de 1573). Actualmente, algunos estudiosos de Virgilio dudan de la autenticidad de esta colección poética.

Recordemos que Dante Alighieri, en La Divina Comedia, se hace acompañar por Virgilio, que le sirve de guía, en su viaje a través del Purgatorio y del Infierno.

Un fragmento de *La Eneida* sirve de ejemplo para comprobar la combinación del tono épico con la sensibilidad íntima en Virgilio:

Solo

Fue entonces cuando, por primera vez, me dominó el horror.

Los músculos no me obedecían. Me asaltaba la imagen de mi querido padre al ver al rey, de igual edad que él, exhalando la vida por una herida cruel. Y me asaltaba también la imagen de mi esposa Creusa abandonada, la de mi casa en llamas con el pequeño Julio dentro. A duras penas dirigí mis ojos alrededor, por ver cuántos seguían a mi lado. Y no vi a nadie.

Todos se habían ido, y ya no volverían. Sus cadáveres podían verse en tierra, desparramados. Otros habían preferido en su dolor, arrojarse al fuego.

(*Eneida II*)

HORACIO (VENUSIA, 65-8 a.C.)

Hijo de un liberto, Quinto Horacio Flaco recibió una educación amplia y profunda, en la que su padre no reparó en esfuerzos y sacrificios. En Atenas asistió a la Academia, donde conoció el pensamiento epicúreo.

Formó parte del ejército de Bruto cuando César fue asesinado, y combatió contra Marco Antonio y Octavio. Tras la derrota del ejército republicano en Filipos (42 a.C.), salvó la vida al escapar del desastre. Regresó a Roma cuando Octavio Augusto decretó la amnistía. Este regreso le reveló la muerte de su padre y la pérdida de todas sus propiedades, confiscadas por el Estado. Hubo entonces de trabajar como escribano, aunque sin dejar su actividad poética. Su calidad literaria y el

paso del tiempo lo llevaron hasta los círculos poéticos más importantes de Roma. La amistad con Virgilio le condujo a un lugar privilegiado, hasta que Mecenas se convirtió en su protector, y más tarde, en su amigo íntimo; incluso recibió el obsequio de una finca en Tíber, un lugar adecuado para componer algunas de sus obras.

En sus poemas, Horacio muestra una tendencia reflexiva, dotada de fina ironía en ocasiones, siempre con extraordinaria perfección formal.

El poeta tiene presencia en sus obras, rodeado constantemente por sus circunstancias. Un estudioso de la materia dijo que “Horacio es equilibrio en movimiento”.

En su primera época compuso las *Sátiras*, de carácter crítico, y, en cierto modo, moralizante. También los *Epodos*, poemas líricos de influencia helenística, escritos en perfectos hexámetros, en los que no faltan algunos destellos sociales. El segundo Epodo, *Beatus ille*, fue traducido por Fray Luis de León, entre otros, tales como la admirable traducción de Enrique Badosa.

La segunda época se compone de las *Odas* (104 en total, distribuidas en cuatro libros), en las que hay poemas laudatorios, filosóficos y sobre el amor, la amistad y la naturaleza. Célebre fue su alabanza del momento presente, *Carpe diem*.

Entre las *Epístolas*, poesía de carácter filosófico escritas también en hexámetros, es célebre su *Arte poética o Epístola de los Pisones*.

La obra poética de Horacio influyó en los poetas del Renacimiento y en el Siglo de Oro español, aunque también en épocas posteriores y en diversos países. Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, Pierre Ronsard o John Milton son algunos ejemplos de esta influencia.

He aquí dos breves ejemplos de las poesías de Horacio:

Carpe diem (fragmento)

Mientras hablamos, huye el tiempo envidioso.

Vive el día de hoy. Captúralo.

No te fíes del incierto mañana.

(*Carminum I 11*)

Segundo Epodo (Fragmento). Versión de Fray Luis de León.

Dichoso el que de pleitos alejado,

cual los del tiempo antiguo,

labra sus heredades, no obligado

al logrero enemigo.

Ni la arma en los reales le despierta,

ni tiembla en la mar brava;

huye la plaza y la soberbia puerta

de la ambición esclava.

TÍBULO (GABII, C.A. 50 a.C. - 19 a.C.)

Su biografía es breve y algo difusa. Tanto el año de su nacimiento como el de su muerte carecen de precisión.

Tíbulo procedía de una familia rica, que sufrió la confiscación parcial o total de sus bienes durante uno de los triunviratos. Aunque combatió con su amigo Mesala durante las guerras civiles en el bando de Augusto, en su poesía se refleja una clara aversión por la guerra y la predilección por los ambientes bucólicos y la vida tranquila.

Estuvo cerca de los poetas protegidos por Mecenas (Virgilio, Horacio, Propertio...). En sus poemas refleja el poder del verso frente al dinero, incluso para lograr el amor. Tibulo es ejemplar en la transparencia y en la claridad de sus poemas, lejos de la erudición mitológica y de las sombras extrañas que oscurecen la poesía en ciertas ocasiones. Se le atribuyen tres libros, dos de ellos de elegías (*Corpus Tibullianum*). El primero lo dedicó a Delia, mujer de origen plebeyo y con nombre supuesto, que acabó rechazando al poeta.

El segundo libro de elegías lo dedicó a Némesis, nombre también supuesto de una mujer por la que sintió pasión.

En su tercer libro reúne poemas de los autores cercanos a Mesala, particularmente de Sulpicia, autora de seis bellos poemas. Se completa el libro con algunas elegías atribuidas al propio Tibulo.

Un breve poema de Tibulo nos aproxima a su poética:

El rumor

*Un rumor afirma insistente que peca nuestra amada;
ahora, yo oídos sordos quisiera tener.
Estas acusaciones se extienden a pesar de nuestro dolor.
¿Por qué al desgraciado torturas, rumor amargo? Calla.*

(III 20)

PROPERCIO (UMBRIA, C.A. 47 a.C. - 15 a.C.)

También el poeta lírico Propertio (Sexto Aurelio Propertio) vivió las consecuencias de las confiscaciones que afectaron a su familia durante los enfrentamientos entre Antonio y Augusto. Buscó en Roma su fortuna, hasta que ingresó en el círculo de Mecenas, lo que le permitió desarrollar su labor poética.

Publicó cuatro libros de elegías, que van adquiriendo intensidad paulatinamente. Si al principio, en su primera época, refleja en sus versos un espíritu rebelde, la influencia de Mecenas le obliga a la aceptación del poder, ocupándose casi exclusivamente en la composición de sus elegías, dedicadas casi en su totalidad a Cintia, posiblemente una liberta. El último de los libros reúne poemas sobre temas relacionados con la línea patriótica de Augusto, así como algunas leyendas con un trasfondo religioso. El estilo preciosista y erudito de Propertio une en sus elegías los elementos metafóricos con la realidad, lo que le confiere un aire novedoso a su poética,

Los poemas dedicados a Cintia son intensos y estilísticamente brillantes. La elegía dedicada a la muerte de la amada lo lleva a desembocar en ciertas reflexiones: el amor acaba, la belleza desaparece, pero la poesía permanece en el tiempo.

La influencia de Calímaco, el poeta griego, es notoria en Propercio. Existe un largo poema de Ezra Pound, el gran poeta del siglo XX, titulado *Homage to Sextus Propertius*, donde alude tanto a esta influencia como a ciertos aspectos oscuros del lírico latino.

He aquí un poema breve en el que deja ver sus íntimos reparos a la violencia del poder y de los conflictos bélicos:

Elegía

Tú, que te apresuras a escapar de un peligro semejante, soldado herido, retirándote de las fortificaciones etruscas ¿por qué vuelves tus ojos enrojecidos a mi gemido? Hace poco yo era parte de vuestro ejército. Y así, sálvate, para que tus padres puedan gozar de ti y tu hermana no asienta con sus lágrimas de lo ocurrido: que Galo, habiendo escapado a través de las espadas de Cesar, no pudo esquivar unas manos desconocidas; y unos huesos cualquiera que dispersos encontrará entre los montes de Etruria, que sepa que son los míos.

(I 21)

OVIDIO (SULMONA, 43 A.C. - TOMIS 17 D.C.)

Uno de los poetas que se apartaron en su poética de las tendencias ideológicas del imperio, fue Publio Ovidio Nasón, cuya vida y cuya obra se desarrollaron al mismo tiempo que el principado de Augusto.

En Roma recibió educación sobre oratoria y política, aunque su tendencia, muy a pesar de su padre, era la composición de poemas. Cuando heredó la fortuna paterna, se dedicó a completar sus estudios, a viajar por Grecia y Asia Menor y, ante todo, a su labor poética. Su primer libro, compuesto en época juvenil y con influencias de Propercio y Tibulo, reúne con el título de *Amores*, una colección de elegías dedicadas a una supuesta joven llamada Corina, con expresiones amorosas reales y directas, próximas al erotismo.

Posiblemente, los libros de mayor alcance poético sean los *Fastos*, sobre las fiestas romanas y el origen del nombre de los meses, y *Las metamorfosis*, extensa epopeya que une la historia con los mitos en cuidados versos que componen quince volúmenes, considerada como un compendio de mitología clásica.

Casado por tres veces y padre de dos hijas, Ovidio vivió en Roma, donde se relacionó con la alta sociedad, incluso con el propio Augusto, con quien tuvo un incidente no bien determinado, que pudo ser su línea moral diferente a la pretendida y promovida por el César, que le costó el destierro a Tomis (hoy Constanza, en Rumanía), en la costa del Mar Negro, ciudad en la que vivió hasta el fin de sus días. Allí compuso las *Tristes*, elegías en las que defiende su inocencia, y las *Pónticas*, en las que solicita la intercesión ante el César por parte de los amigos mutuos.

Ovidio murió en el destierro, en Tomis, en el año 17 d. C. En sus últimos poemas une dos mundos, el romano y el del exilio. También en cierto modo, unía

dos épocas. Un fragmento del mito de Narciso, perteneciente a *Las metamorfosis*, cierra esta evocación con las propias palabras del poeta.

Narciso (fragmento)

*Se desea a sí mismo sin saberlo,
y aprecia a aquel por quien es apreciado;
mientras solicita, es solicitado, y al mismo tiempo
que enciende, arde. ¡Cuántas veces dio besos en vano
a la engañosa fuente! ¡Cuántas veces sumergió sus brazos
intentando asir aquel cuello contemplado en la mitad del agua,
y no logró cogerse de ellos! Qué es lo que ve, lo ignora,
pero lo que ve le abrasa, y la misma ilusión que a sus ojos engaña,
los estimula. ¡Crédulo!,
¿por qué intentas en vano capturar fugaces apariencias?
Lo que buscas no existe en parte alguna; lo que amas,
márchate y lo perderás.
Esa sombra que miras
es el reflejo de tu imagen.*

(*Metamorfosis III*)

SULPICIA, POETISA DE ROMA

Aunque la obra que se conserva de ella es bastante escasa, Sulpicia es la única poetisa de la época clásica latina. Un siglo después existió otra poeta con el mismo nombre, pero ajena a la que nos ocupa en este escrito.

En el *Corpus Tibullianum*, tercer libro del poeta Tíbulo, se recogen un conjunto de elegías con la denominación de *Ciclo de Sulpicia*, dedicadas por ella a su amado Cerinto (Cerinthus), seguramente un nombre supuesto. En este mismo libro de Tíbulo hay poemas dedicados a Sulpicia por otros poetas.

Son escasos los datos que poseemos de ella, hija de Servio Sulpicio Rufo y de Valeria, sobrina del poderoso Mesala y protegida por él. Sulpicia se relacionó con los grandes poetas de su tiempo y sus poemas, aunque escasos, rebosan soltura y atrevimiento, como se aprecia en este fragmento de una de sus elegías.

Elegía (fragmento)

*Venus cumplió sus promesas:
que cuente mis alegrías
a quienes no las ha tenido propias.
Nada quise confiar a tablillas selladas
para que nadie pueda leerlas antes que mi amor,
aunque me agrada ir contra la norma
y me enoje fingir por los rumores:
fuimos dignos el uno de la otra,
que digan esto solamente.*

LA PROSA EN LA ÉPOCA AUGÚSTEA

En el tiempo en que la poesía cumplía una función estética y social, cercana al poder y admirada por los ciudadanos, queda la prosa en otra línea intelectual diferente a la actividad creativa, aunque en absoluto desdeñable. Dos grandes figuras llenan este universo: el historiador Tito Livio y el arquitecto Vitruvio, autores ambos de obras transcendentales que influyeron no solo en su tiempo, sino en las épocas posteriores.

TITO LIVIO (PADUA, 64 a.C. - 17 d.C.)

No es demasiado lo que se conoce sobre la vida de Tito Livio. Parece ser que sus estudios transcurrieron entre Padua, Roma y Grecia. Procedía de una familia acomodada que propició una educación amplia y profunda. El propio Octavio Augusto lo tuvo entre sus amistades personales.

Su libro fundamental, *Historia de Roma*, ocupaba originalmente 142 volúmenes, de los que solamente se conservan 35 y algunos fragmentos. La historia está contada de forma lineal, combinando la narrativa con discursos y descripciones. Las propias palabras de los personajes, así como su comportamiento, sirven para revelarnos sus aspectos psíquicos.

Los libros de la *Historia de Roma* que se conservan, abarcan desde la fundación en el año 753 a.C. hasta el año 9 a.C. (muerte de Druso). Tito Livio ordenó su trabajo por años, luego agrupados en décadas o en lustros.

Se cuenta que este historiador decidió dedicarse a esta obra poco después de la batalla de Actium, con la que finalizaron las sangrientas guerras civiles. Lo cierto es que el primero de los libros apareció hacia el año 26 a.C., con enorme aceptación por la sociedad romana.

Sobre las fuentes, hay que destacar a Polibio, pero también se deben citar a Celio Antípato y, posiblemente a Julio César, Salustio y Posidonio.

Además de esta monumental *Historia de Roma*, Tito Livio fue autor de unos *Diálogos*, citados por Séneca, que no se conservan ni se tiene información sobre ellos.

La precisión y la agilidad de su prosa logran que la *Historia de Roma* de Tito Livio proporcione una lectura amena y rica en detalles humanos, como se aprecia en este fragmento:

Asedio y destrucción de Sagunto

Mientras los romanos deliberaban y preparaban tales acciones, Sagunto sufría un fuerte asedio. Esta ciudad era con gran diferencia la más rica al sur del Ebro, situada a casi dos mil pasos del mar. Se dice que era oriundos de la isla de Zante y con ellos estaban mezclados incluso algunos del linaje de los rútilos de Ardea. De cualquier forma, en breve tiempo consiguieron una gran prosperidad, tanto por el comercio marítimo y terrestre como por el aumento demográfico y por la integridad de su conducta, pues cultivaron una lealtad propia de aliados hasta su destrucción.

Aníbal entró en su territorio, devastó completamente la comarca y se dirigió a la ciudad por tres frentes. Un ángulo de la muralla daba a un valle más llano y abierto que los demás lugares de los alrededores. Contra ese punto decidió llevar los manteletes, pues con su protección se podía acercar hasta las murallas. Pero, aunque el lugar alejado de la muralla favorecía el movimiento de los manteletes, fracasaba estrepitosamente cuando se ponía en práctica la operación.

Al principio rechazaron al enemigo con proyectiles y no dejaron ningún lugar sin peligro para los trabajos de asedio. Después, ya no solo blandían sus dardos ante las murallas y la torre, sino que tenían el arrojo para hacer incursiones contra los puestos de guardia y las obras de los enemigos; y en estas tumultuosas escaramuzas caían igual número de saguntinos que de cartagineses. Y como quiera que Aníbal, por acercarse imprudentemente al pie de la muralla, cayera gravemente herido en la parte anterior del muslo por una lanza, se produjo a su alrededor tal desbandada y confusión que faltó poco para que abandonaran los manteletes y las obras.

Después, se pasó a un bloqueo más que a un asalto durante algunos días, mientras se curaba la herida del general. Durante ese tiempo hubo tregua en los combates, pero no se dejó de trabajar en las obras de ingeniería militar.

VITRUVIO (¿FORMIA? C. 80 a.C. - C. 15 a.C.)

No hay datos exactos del nacimiento ni de la muerte de Marco Vitruvio Polión, ingeniero y arquitecto del siglo I a.C. conocido popularmente por dos construcciones suyas y por una consecuencia de sus tratados: el acueducto de Segovia, el Pont du Gard y la famosa imagen de Leonardo da Vinci conocida como *El hombre de Vitruvio*.

Autor de un monumental tratado titulado *De arquitectura* (en castellano se conoce como *Los diez libros de la Arquitectura*), Vitruvio trató de todo lo relacionado con el ámbito constructivo y con el profundo conocimiento que poseía de esta materia. En estos diez libros describió las técnicas para la construcción de edificios de todas las clases, para la ubicación correcta de las ciudades y para levantar acueductos. También la ingeniería, las máquinas, incluso las de guerra, y la hidráulica se incluyen en este amplio tratado.

Decía Vitruvio que las construcciones deben ser *firμες, útiles y hermosas*. Las escasas obras debidas a él que todavía se mantienen en pie dan fe de ello. Sí que nos ha quedado su tratado, *De Architectura o Los diez libros de la Architectua*, que tanto influyó en épocas posteriores y que tanto se admiró durante el Renacimiento por personajes tan valiosos como Miguel Ángel o Leonardo da Vinci, entre otros.

El tratado de Vitruvio constituye una fuente esencial para el conocimiento de la arquitectura y de la ingeniería romanas, aunque en su obra se percibe una im-

portante base procedente de su conocimiento del mundo griego. El racionalismo pitagórico asoma en muchas fases de esta obra

Ante la escasez de datos biográficos de Vitruvio, conviene recordar que fue arquitecto militar y civil de los dos césares más significativos del primer siglo a.C., y quizá de la historia de Roma: Julio César y Octavio Augusto. A este último dedicó el famoso tratado.

Al aspecto técnico de la obra escrita por Vitruvio se añade un estilo claro y no exento de belleza. Véase este pequeño párrafo como ejemplo:

De la forma de las casas según la categoría de las personas

Se llaman estancias comunes a las que tienen acceso, por derecho propio, cualquier persona del pueblo, incluso sin ser invitada, como son los vestíbulos, los atrios, los peristilos y demás estancias cuyo uso y finalidad son semejantes. Por tanto, quien posea un escaso patrimonio no precisa de vestíbulos suntuosos, ni de recibidores, ni de atrios magníficos, puesto que son ellos los que se ven obligados a visitar a otras personas y nadie acude a visitarlos. Los que viven de los productos del campo deben disponer de establos y sus tiendas en los vestíbulos, y en el interior de la vivienda se situarán las bodegas, graneros y despensas, cuya finalidad es guardar los productos, más que ofrecer un aspecto elegante. Los prestamistas y arrendadores dispondrán de casas más cómodas, más amplias y protegidas frente a posibles conciliábulos ocultos. Los abogados e intelectuales habitarán casas más espaciosas y elegantes, con el fin de celebrar las reuniones cómodamente.

LA PALABRA DESPUÉS DE AGUSTO

Tras la época augústea, comenzó lo que se ha dado en llamar la *Edad de Plata* de la literatura latina. Si hasta entonces, salvo en el caso de Ovidio, la poesía y la prosa estuvieron al servicio del Estado, en los tiempos posteriores se alejaron de la misión ideológica, aunque siempre contemplando con precaución y, en ocasiones, con adulación, al Poder. Los conceptos estéticos se libraron de la coraza griega, aunque sin poder evitar totalmente la sombra de su influencia (recordemos a Séneca, por ejemplo). Las tendencias ampliaron sus posibilidades. Autores como Fedro, el fabulista, Persio, Séneca (excelente filósofo y mediocre imitador de los trágicos griegos), Manilio, Lucano (sobrino de Séneca, con quien compartió destino tras la conjura de Pisón), el otro Séneca, Calpurnio Sículo, Petronio, Columela y su tratado de agricultura, Plinio el Viejo, Curcio Rufo y Valerio Máximo constituyen un selecto conjunto de autores. Más tarde llegaron los poetas Estacio y Juvenal y, entre ellos, el epigramista bilbilitano Marco Valerio Marcial, que causó admiración en el mundo latino por la agudeza de sus versos. Pero estos grandes literatos quedan fuera de nuestro cometido. Pertenecen a otra época, aunque cercana a la literatura augústea. Por así decirlo, ellos son cosa de los Flavios.